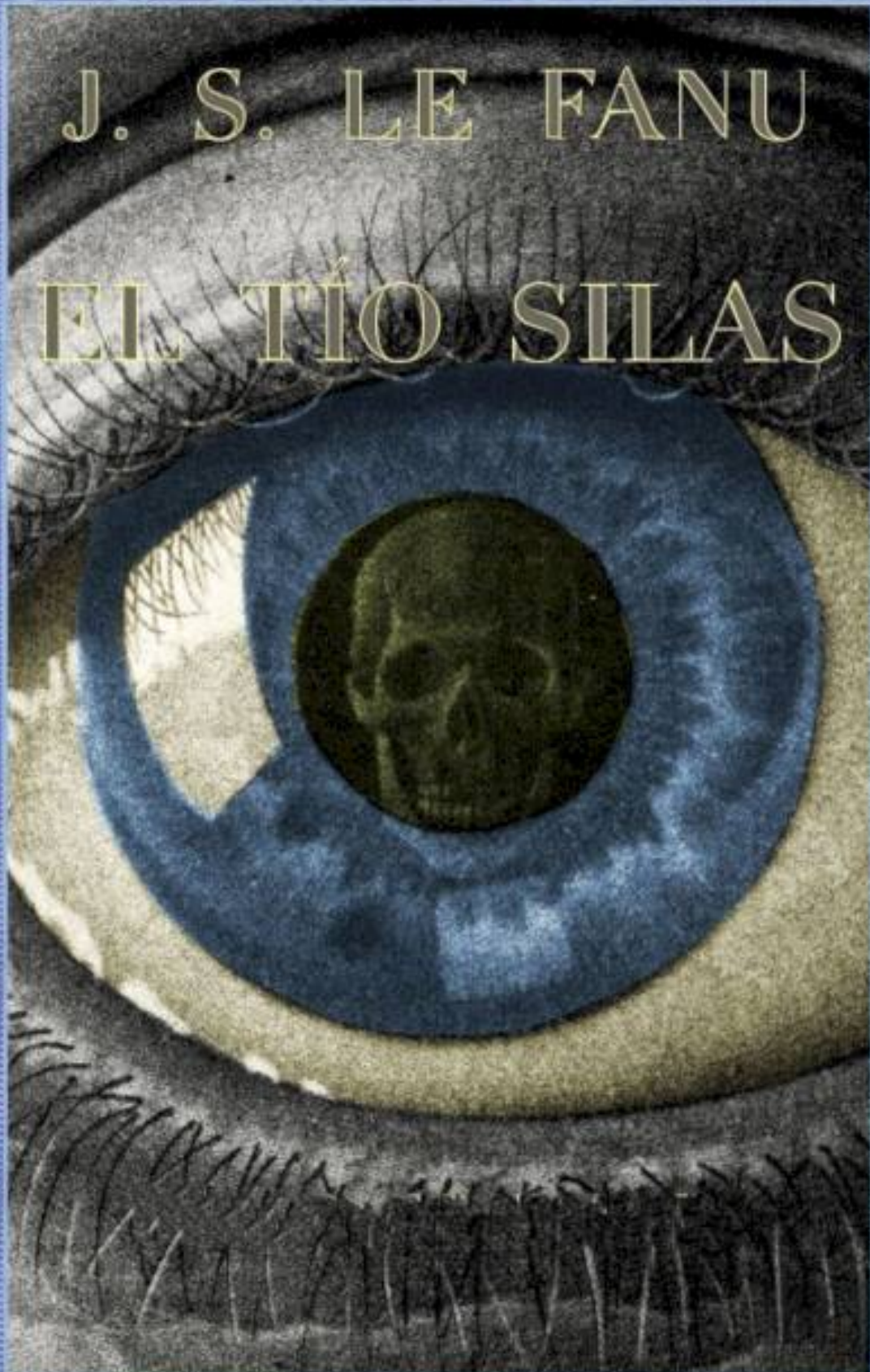


J. S. LE FANU

EL TÍO SILAS



En *El tío Silas* se hace patente la maestría en la gradación del horror que le convirtió en el más famoso narrador de ghost stories de la literatura victoriana, género en el que destacaría a principios de este siglo su mejor discípulo, M. R. James. Le Fanu conduce al lector desde el tono nostálgico con que inicia la narración de los recuerdos infantiles de una dama —su casa solitaria, su padre severo y reservado, y sus criados— a un pavoroso callejón sin salida en el que acecha el más horrible asesinato.

*A LA MUY HONORABLE CONDESA
DE GIFFORD EN SEÑAL DE RESPETO, SIMPATÍA
Y ADMIRACIÓN DEDICA ESTA HISTORIA*

EL AUTOR

NOTA PRELIMINAR

EL autor de la presente narración, en persona, se aventura a dirigir a sus lectores unas brevísimas palabras de índole principalmente explicativa. En esta Historia de Bartram-Haugh se repite, con una ligera variante, una destacada situación contenida en un relato corto, de unas quince páginas, escrito por él y que, hace mucho, apareció en una publicación periódica bajo el título *Pasaje de la historia secreta de una condesa irlandesa*, y luego, todavía anónimamente, en un pequeño volumen con un título alterado. Es harto improbable que ninguno de sus lectores se haya topado con semejante fruslería, y más aún que la recuerde. Sin embargo, y por medio de esta explicación, el autor se ha aventurado a anticipar la mera posibilidad de que tal cosa hubiera sucedido, a fin de no ser tachado de plagiarlo, lo que siempre constituye una falta de respeto hacia el lector.

¿Le serán también permitidas unas palabras de protesta contra la promiscua aplicación del término «tremendismo» a esa vasta escuela de obras de ficción que no transgrede ninguno de los cánones de construcción y moralidad que a sí mismo se impusiera el gran autor de las Novelas de Waverly al producir tan inaproximable obra? Cabe suponer que nadie calificaría de «tremendistas» las novelas de sir Walter Scott, y, sin embargo, en tan prodigiosa serie no hay una sola historia donde la muerte, el crimen y, de una u otra forma, el misterio no tengan cabida.

Pasando por alto esas grandes novelas que son *Ivanhoe*, *Vieja mortandad* y *Kenilworth*, con sus terribles tramas de crímenes y derramamientos de sangre, construi-

das con tan magnífica maestría en el arte de mantener cautivo el ánimo en la intriga y el horror, elija el lector, de dicha serie, dos de esas excepcionales novelas, cuya deliberada pretensión es la de trazar un cuadro de las costumbres y escenas de la vida cotidiana contemporánea, y, recordando —en *El anticuario*— la visión del aposento cubierto de tapices, el duelo, el horrendo secreto y la muerte de Espelth, el pescador ahogado, y, sobre todo, la tremenda situación en que se halla el grupo rodeado por la marea bajo los acantilados; y —en *El pozo de San Ronan*— el prolongado misterio, la sospecha de insania y la catástrofe del suicidio, que determine si un epíteto cuya aplicación a la estructura de cualquiera de las narraciones de sir Walter Scott, incluso la más sobrecogedora de ellas, sería una profanación, es justo que se aplique a historias que, si bien ilimitadamente inferiores en su factura, no obstante observan las mismas limitaciones de accidente y tienen las mismas miras morales.

El autor confía en que la prensa, a cuyo magisterio crítico y generoso aliento tanto le deben él y otros humildes trabajadores del arte, insistirá en circunscribir dicho denigrante término a aquel peculiar tipo de obras de ficción que originariamente pretendía señalar, y, de acuerdo con sus posibilidades, impedirá que en el mencionado término se incluya la legítima escuela de la novela trágica inglesa, la cual ha sido ennoblecida y, en buena medida, fundada, por el genio de sir Walter Scott.

CAPÍTULO I

AUSTIN RUTHYN, DE KNOWL, Y SU HIJA

ERA invierno, esto es, en torno a la segunda semana de noviembre, y grandes ráfagas de viento hacían trepidar las ventanas, ululando, mientras el trueno retumbaba entre nuestros altos árboles y chimeneas cubiertas de hiedra... Una noche muy oscura y una lumbre muy animosa, grata mezcla de buen carbón redondo y crepitante leña seca, que ardía en el interior de un genuino hogar antiguo, en un aposento vetusto y sombrío. Negros frisos de madera de ébano, en pequeños paneles, relumbraban hasta el techo; sobre la mesa de tomar el té, un alegre haz de bujías de cera; colgando de las paredes, muchos retratos antiguos, algunos horrendos y desvaídos, otros bonitos y otros llenos de gracia y encanto. Si hacemos salvedad de los retratos, de dimensiones largas o cortas, eran pocos los cuadros que había. Pienso que, en conjunto, el aposento se podría haber tomado por nuestro salón de recibir. Su aspecto no era el de una sala de estar, según la noción que modernamente tenemos de la misma. Era, además, una estancia alargada y espaciosísima, si bien de configuración irregular.

Sentada a la mesa de tomar el té, sumida en sus ensoñaciones, había una muchacha de poco más de diecisiete años y que, pienso, parecía aún más joven; delgada y bastante alta, con una abundante cabellera dorada, ojos de un gris oscuro y un semblante hartamente sensible y melancólico. Esa muchacha era yo.

La única otra persona en el aposento —única persona allegada a mí en la casa— era mi padre, el señor Ruthyn,

de Knowl, a quien así llamaban en su condado, no obstante poseer otras muchas propiedades; de muy rancio linaje, su familia —de espíritu orgulloso y desafiante, creyéndose de condición más elevada y sangre más pura que los dos tercios de la nobleza en cuyas filas, según se decía, había sido invitada a ingresar— a menudo había rehusado un baronetage^[1] e incluso, rumoreábase, un vizcondado. Vago y escaso era mi conocimiento de toda aquella leyenda familiar; tan sólo sabía aquello que se puede colegir de las pláticas de viejas criadas al amor de la lumbre en el cuarto de los niños.

Tengo la certidumbre de que mi padre me amaba, y sé que yo le amaba a él. El seguro instinto infantil me hizo captar su ternura, si bien ésta jamás fue expresada de manera convencional. Y es que mi padre era toda una rareza de persona. Había sufrido un temprano desengaño en el Parlamento, donde ambicionaba el éxito. Pese a ser un hombre de talento, fracasó allí donde a otros, muy inferiores a él, las cosas les iban sumamente bien. Luego marchó al extranjero y se hizo un experto coleccionista, participando a su regreso en instituciones literarias y científicas, así como en la fundación y rectorado de obras de beneficencia. Se cansó, sin embargo, de este mímico gobierno y se dedicó a la vida campestre, aunque no a la de un deportista, sino más bien a la de un estudioso, permaneciendo, según las ocasiones, en una u otra de sus fincas y llevando una existencia retirada.

Se casó más bien tardíamente, y su bella y joven esposa murió, dejándome a mí, única descendencia de ambos, a su cuidado. Esta pérdida, según me dijeron, le transformó..., le hizo aún más raro y taciturno y motivó que, salvo hacia mí, su temperamento se tornara más severo. Había, asimismo, no sé qué deshonra en torno a su hermano menor —mi tío Silas—, que él resintió amargamente.

Helo aquí ahora paseando de arriba abajo por este espacioso y antiguo aposento, el cual, al extenderse al fondo

más allá de un ángulo, era en aquella zona muy oscuro. Tenía mi padre el hábito de pasearse así, de arriba abajo, sin hablar..., ejercicio que solía recordarme al del padre de Chateaubriand en el gran salón del Château de Combourg. En dicho fondo de la estancia mi padre desaparecía casi en la penumbra para, más tarde, al regresar sobre sus pasos, emerger durante unos minutos, como un retrato con un fondo sombrío, y a continuación difuminarse una vez más en el silencio hasta perderse de vista.

Tal monotonía y silencio habrían resultado aterradores para alguien menos acostumbrado que yo a ellos. La cosa, sin embargo, producía su efecto. He llegado a estar con mi padre un día entero sin que me hablara. Aunque le amaba mucho, mucho era también el reverente temor que me infundía.

Mientras mi padre medía el suelo con sus pasos, mis pensamientos estaban puestos en los sucesos del mes anterior. Eran tan pocas las cosas que sucedían en Knowl fuera de la rutina habitual, que el más baladí de los acontecimientos bastaba para que la gente se pusiera a hacer cábalas y conjeturas en aquel apacible hogar. La vida de mi padre transcurría en un retiro digno de mención; apenas abandonaba los terrenos de Knowl, salvo si salía a dar un paseo a caballo, y jamás, creo, llegó a darse el caso de que visitante alguno se quedara entre nosotros más de un par de veces al año.

Ni tan siquiera había ese blando trajín religioso que en ocasiones acosa al hombre rico y moral en su retiro. Mi padre había abandonado la Iglesia anglicana en favor de no sé qué secta extraña, cuyo nombre no recuerdo, para finalmente convertirse, según me dijeron, al swedenborgismo, cuestión esta sobre la que, sin embargo, él no se preocupó de molestar mi atención, de suerte que el vetusto carruaje trasladaba a mi institutriz, cuando la tuve, a la señora Rusk, vieja ama de llaves, y a mí misma todos los sábados a la iglesia parroquial, mientras mi padre, «una nube sin agua

zarandeada a los cuatro vientos y un astro errante al que le está reservada la negrura de la tiniebla»^[2], a ojos del probo párroco, quien al verle meneaba la cabeza, mantenía correspondencia con el «ministro» de su Iglesia y se mostraba provocadoramente satisfecho de su propia fertilidad e iluminación; la señora Rusk, por su parte, que era una beata de cuerpo entero, decía de mi padre que éste creía ver visiones y hablar con los ángeles, como el resto de toda esa «basura».

Que yo sepa, la tal señora no se basaba en nada mejor que la analogía y la conjetura para inculpar a mi padre de pretensiones sobrenaturales; pero, en todos aquellos puntos que no afectaban a su ortodoxia, sentía cariño por su señor y era una leal ama de llaves.

Una mañana la encontré supervisando los preparativos para recibir a un visitante, en la sala de caza, así llamada por los tapices que cubrían las paredes y que representaban escenas à la *Wouvermans*, de cetrería y montería, con perros, halcones, damas, galanes y pajes, en medio de los cuales la señora Rusk, con su vestido negro de seda, revolvía en los cajones, recontaba la ropa de cama e impartía órdenes.

—¿Quién viene, señora Rusk?

Me contestó que no sabía más que su nombre, el señor Bryerly, y que mi papá lo esperaba para la cena e iba a quedarse unos días.

—Imagino que es una de esas criaturas, querida, pues precisamente le he mencionado el nombre al doctor Clay (el párroco) y dice que entre los de la secta de Swedenborg hay un tal doctor Bryerly..., así que se tratará del mismo, supongo.

En mis nebulosas nociones acerca de estos sectarios se mezclaban la sospecha de nigromancia y la horripilante francmasonería, lo cual me inspiraba algo parecido al temeroso respeto y a la aversión.

El señor Bryerly llegó con tiempo suficiente para vestirse sin agobios antes de la cena. Era un hombre alto, flaco, vestido enteramente de un negro desgarrado, con un blanco cuello alto y con lo que, o bien era una peluca negra, o bien negros cabellos dispuestos en imitación de tal; llevaba lentes, su tez era oscura y el rostro, de rasgos afilados, pequeño. Entró en el salón frotándose las grandes manos y, tras dirigir hacia mí, a quien evidentemente no consideraba sino una simple niña, una breve y enérgica inclinación de cabeza, se sentó frente a la lumbre, cruzó las piernas y cogió una revista.

Semejante trato era mortificante, y todavía recuerdo muy bien mi resentimiento, que a él le pasó totalmente desapercibido.

Su estancia entre nosotros no se prolongó mucho; nadie adivinó el objeto de su visita y no dejó en nosotros una predisposición favorable. Parecía desasosegado, como suelen estar los hombres de costumbres ajetreadas en las casas de campo, y salía a dar paseos andando o en coche, leía en la biblioteca y escribía media docena de cartas.

Su dormitorio y cuarto de aseo se hallaban en el lateral de la galería, justo enfrente de los de mi padre, los cuales tenían una especie de antesala *en suite* donde estaban algunos de sus libros teológicos.

Al día siguiente de la llegada del señor Bryerly me disponía yo a comprobar si la jarrita y el vaso de agua de mi padre habían sido debidamente colocados en la mesa de su antesala y, en la duda sobre si él estuviera allí, llamé con los nudillos a la puerta.

Supongo que ambos tendrían demasiado reconcentrada su atención en otros asuntos como para oírme, pero, al no recibir respuesta alguna, entré en la habitación. Mi padre estaba sentado en su butaca; se había quitado la chaqueta y el chaleco y el señor Bryerly estaba a su lado, más bien frente a él, de rodillas sobre un taburete, con su negro peluquín rozando casi el canoso cabello de mi padre. Sobre la

mesa aledaña había un grueso volumen abierto, supongo que perteneciente a sus sagradas escrituras. La estirada y negra figura del señor Bryerly se alzó del taburete y rápidamente escondió algo bajo la pechera de su chaqueta.

Mi padre también se puso en pie, con el semblante más pálido, pienso, que jamás le había visto yo hasta entonces, y, señalando, adusto, con el dedo hacia la puerta, dijo: «Vete».

El señor Bryerly me hizo volver sobre mis pasos empujándome suavemente con sus manos puestas en mis hombros, mientras sus oscuras facciones me lanzaban una sonrisa cuya expresión me resultó absolutamente ininteligible.

Me recobré al instante y me retiré sin decir palabra. Lo último que vislumbré, ya en la puerta, fue la alta y esbelta figura vestida de negro y la oscura y significativa sonrisa que me perseguía. A continuación la puerta fue cerrada con llave y ambos swedenborgianos quedaron entregados a sus misterios.

Recuerdo muy bien la suerte de conmoción y desagrado que sentí, en la certeza de que los había sorprendido en algún, quizá, degradante encantamiento; esto es lo que sospechaba del tal señor Bryerly, de su negra chaqueta desgarrada y su blanco cuello alto, y una especie de miedo se apoderó de mí, antojándoseme que estaba ejerciendo sobre mi padre algún tipo de dominio, lo cual me infundió gran alarma.

Imaginé toda clase de peligros en la enigmática sonrisa del delgaducho sumo sacerdote. La imagen de mi padre como yo lo había visto, puede que confesándose con aquel hombre vestido de negro que yo ignoraba lo que era, me rondaba con las enojosas incertidumbres de una mente muy poco instruida en lo que se refiere a los límites de lo maravilloso.

No se lo mencioné a nadie. Experimenté, sin embargo, un inmenso alivio cuando, a la mañana siguiente, el sinies-

tro visitante se marchó, y éste es el hecho que ocupaba ahora mi mente.

Alguien dijo que el doctor Johnson se parecía a un fantasma al que hay que hablar antes de que él lo haga. Pero mi padre, por mucho que en cualquier otra cosa pudiera tener el aspecto de un fantasma, en este punto concreto no lo tenía, pues nadie en la casa —y yo misma muy rara vez— se atrevía a dirigirle la palabra antes de que él la hubiera dirigido primero. Hasta que no comencé a frecuentar un poco la compañía de amistades y parientes no tuve la más mínima noción de cuán singular era semejante regla, que en parte alguna hallé en vigor.

Cuando, pensativa, me reclinaba sobre mi butaca, se me aparecía este fantasma de mi padre, el cual volvía y se esfumaba con solemne regularidad. Tenía un aspecto peculiar: fornido, rechoncho, con un rostro ancho y muy severo; llevaba una chaqueta holgada, de terciopelo negro, y un chaleco. Su figura era, sin embargo, más bien la de un hombre entrado en años que la de un viejo —pese a que por aquel entonces había cumplido ya los setenta— pero firme y sin traza alguna de debilidad.

Recuerdo el sobresalto que me llevé cuando, ajena a toda sospecha de que él se hallara cerca de mí, alcé los ojos y vi, a menos de un metro de distancia, aquel semblante anchuroso y serio que me miraba fijamente.

Tras haberle visto siguió mirándome durante uno o dos segundos y, a continuación, cogiendo en una de sus nudosas manos uno de los pesados candelabros, mediante una seña me indicó que le siguiera, cosa que hice en silencio y sin saber qué pensar.

Me condujo a través de una sala en la que había luces encendidas y penetramos en un vestíbulo al pie de las escaleras traseras, hasta introducirnos en su biblioteca.

La biblioteca es una estancia alargada y angosta, con dos ventanas altas y estrechas al fondo, actualmente vestidas con cortinas oscuras. Penumbrosa estaba, con una sola

vela; y mi padre se detuvo cerca de la puerta, a cuya izquierda se alzaba en aquel tiempo un anticuado chibalete o bargueño de roble tallado, ante el cual se detuvo.

Su actitud era extraña, estaba como ausente y, al hablar, se dirigía, pienso, más a sí mismo que al resto del mundo.

—Ella no comprenderá —musitó, mirándome inquisitivamente—. No, no comprenderá, ¿verdad que no?

Luego hubo una pausa durante la cual sacó del bolsillo de la pechera un pequeño manojito de llaves, quizá media docena, y se puso a contemplar una de ellas con el ceño fruncido, haciéndola oscilar un poco ante sus ojos cada dos por tres, entre el pulgar y un dedo, mientras deliberaba.

Le conocía demasiado bien, eso desde luego, como para decir nada.

—Se asustan con facilidad... ¡Así es, ay! Mejor será que lo haga de otro modo.

Y, deteniéndose, se puso a mirarme la cara como si mirara un cuadro.

—Sí, se asustan..., mejor que lo haga de otro modo... de otra manera... sí, y así ella no sospechará... no sospechará.

A continuación se quedó mirando fijamente la llave, para luego clavar sus ojos en mí. De pronto se levantó y dijo bruscamente: «Mira, hija». Y al cabo de unos segundos: «Recuerda esta llave».

Tenía una forma extraña, distinta de las demás.

—Sí, señor —siempre le llamaba «señor».

—La llave abre esto —dijo, y dio unos enérgicos golpecitos sobre la puerta del bargueño—. Durante el día está siempre aquí —y al terminar de decir estas palabras volvió a dejarla caer en el interior de su bolsillo—. ¿Ves?... Y de noche está debajo de mi almohada... ¿me oyes?

—Sí, señor.

—¿Verdad que no olvidarás este bargueño... roble... junto a la puerta... a tu izquierda... verdad que no lo olvidarás?

—No, señor.

—Lástima que seas una chica, y tan joven... ¡una muchachita, ay, y tan joven... sin sensatez alguna... alocada! Me has dicho que lo recordarás, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Te conviene recordarlo.

Y, volviéndose hacia mí, se me quedó mirando como quien ha tomado una repentina determinación. Creo que por un instante decidió decirme mucho más, pero si así fue de nuevo cambió de opinión y, tras otra pausa, dijo con lentitud y gravedad:

—No le contarás a nadie lo que te he dicho, so pena de incurrir en mi enojo.

—¡Oh, no, señor!

—¡Así me gusta!

—Salvo —prosiguió— bajo una sola circunstancia, a saber: la de que yo me hallara ausente y el señor Bryerly... ya recuerdas, ese caballero delgado con lentes y peluca negra que el mes pasado estuvo tres días aquí, viniera y preguntase por la llave, ya entiendes, en mi ausencia.

—Sí, señor.

Y, dándome un beso en la frente, dijo:

—Volvamos.

Cosa que hicimos en silencio, mientras fuera, como un canto fúnebre tocado en un gran órgano, la tormenta acompañaba nuestros leves pasos.

CAPÍTULO II

TÍO SILAS

CUANDO llegamos al salón me senté de nuevo en mi butaca y mi padre reanudó su lento y pausado paseo de arriba abajo en la amplia estancia. Quizá fuera el mugido del viento lo que alteraba el talante habitual de sus pensamientos, pero, sea cual fuere la causa, el hecho es que mi padre estaba aquella noche insólitamente hablador.

Tras un intervalo de cerca de media hora volvió a aproximarse a mí y se sentó en un sillón de alto respaldo junto al fuego, casi enfrente de mí, y durante un rato se me quedó mirando fijamente, como era su costumbre antes de comenzar a hablar. Finalmente dijo:

—Esto no puede ser..., necesitas una institutriz.

En este tipo de casos yo me limitaba a dejar el libro o la labor de costura, según lo que fuese, y a disponerme a escucharle sin hablar.

—Tu francés es francamente bueno, y tu italiano, pero no has dado alemán. Puede que en música estés muy bien, yo eso no soy capaz de juzgarlo, pero en dibujo podrías estar mejor... sí... sí. Tengo entendido que hay institutrices sumamente expertas en el «acabado de las damas», tal dicen de ellas; son personas que toman sobre sí tareas mayores de las que se hubiera encargado profesor alguno en mis tiempos, y lo hacen muy bien. Una de esas institutrices puede prepararte y, luego, el invierno que viene, visitarás Francia e Italia, donde puedes perfeccionarte tanto como te plazca.

—Gracias, señor.